

TRIBOULET.—No os temo. Rodeado de poderosos á quienes hago la guerra, nada temo, caballero, porque no tengo sobre los hombros otra cosa que arriesgar que la cabeza de un loco. Lo único que puedo temer es que mi joroba me éntre en el cuerpo y como á vos me caiga en la barriga, lo cual me afearía mucho.



COSSÉ (echando mano á la espada).—¡ Miserable!  
EL REY.—Deteneos, conde. Vente, loco. (Se aleja riendo con Triboulet).

GORDES.—El rey se desternilla de risa.

PARDAILLAN.—Poco necesita para eso.

MAROT.—Es curioso un rey que se divierte en persona.

(En cuanto se alejan el rey y el bufón se acercan los cortesanos otra vez y persiguen á Triboulet con miradas de odio).

BRION.—Venguémonos del bufón.

TODOS.—¡ Hum!

MAROT.—Está acorazado. ¿ Por dónde lo heriríamos?

PIENNE.—Bien lo sé yo. Todos tenemos con él algún resentimiento y podemos vengarnos todos. Esta tarde, entre dos luces, acudid bien armados al callejón sin salida de Buci, junto al palacio de Cossé. Ni una palabra más de esto.

MAROT.—Ya caigo.

PIENNE.—¿ Estamos de acuerdo?

TODOS.—Sí.

PIENNE.—Que vienen. ¡ Silencio!

(Vuelven Triboulet y el rey rodeado de damas).

TRIBOULET (solo y aparte).—¿ Á quién haré ahora una mala jugada? ¿ Al rey?... ¡ Pardiez!

UN HUIER (entrando. Bajo á Triboulet).—El señor de Saint-Vallier, un anciano vestido todo de negro, quiere ver al rey.

TRIBOULET.—¡ Pardiez! Dejadnos ver al señor de Saint-Vallier. (Sale el hujer.) ¡ Á mi gusto! Pero va á dar un escándalo espantoso.

(Ruido, tumulto en la puerta principal del fondo).

UNA VOZ (dentro).—¡ Quiero hablar al rey!

EL REY (interrumpiendo su conversación).—¡ Cómo! ¿ Quién se atreve á tanto?

LA MISMA VOZ.—¡ He de hablar con el rey!

EL REY.—¡ No! no!

(Un anciano vestido de luto se abre paso y viene á ponerse delante del rey, quien le mira fijamente. Los cortesanos se apartan sorprendidos.)

## ESCENA V

Los mismos, SAINT-VALLIER. (Barba y cabellos blancos.)

SAINT-VALLIER (al Rey).—Sí, vengo á hablaros y os hablaré.

EL REY.—¡ Señor de Saint-Vallier !...

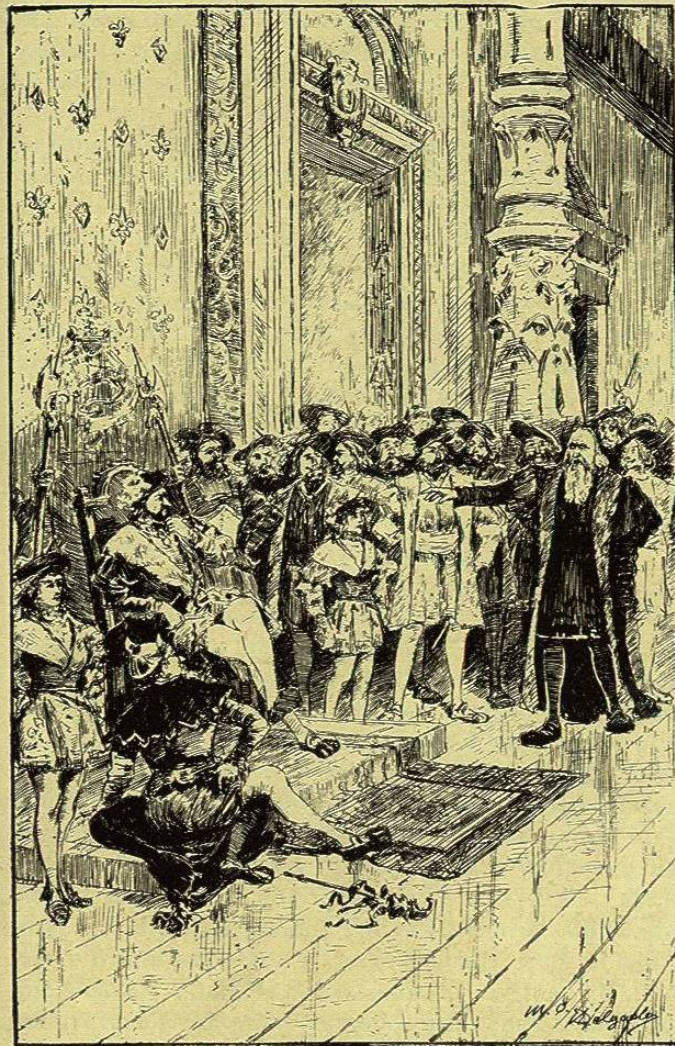
SAINT-VALLIER (*inmóvil*).—Así me llamo.

(*El rey da un paso hacia el colérico. El bufón le detiene.*)

TRIBOULET.—Permitidme, señor, que arengue yo á este buen hombre. (*Tomando una actitud dramática.*) Monseñor de Saint-Vallier, habéis conspirado contra Nos, y Nos, como rey bondadoso y clemente, os hemos perdonado. ¿ Qué mal deseo os viene ahora de tener nietos de vuestro señor yerno, feo, mal conformado, con una verruga en la nariz, tuerto al decir de algunos, velludo, ruín, descolorido, barrigudo como este caballero (*indicando á Mr. Cossé, que se indigna*) y hasta jorobado como yo ? Quien viera á su lado á vuestra hija, se reiría á buen seguro, á costa de él. Si el rey no pusiera orden en esto, claro es que tendríais nietos tuertos, feos, deformes, horribles, ridículos, barrigudos como este caballero y aun jorobados como yo.

(*La indignación de Cossé sube de punto. Los cortesanos aplauden al bufón riendo á carcajadas.*)

SAINT-VALLIER (*sin mirar al bufón*).—Un ultraje más. Escuchadme vos, señor, como debéis, puesto que sois el rey. Un día me hicisteis conducir descalzo á la Grève, y ya en el suplicio me enviásteis el perdón. Yo, pobre de mí, os bendije, sin saber lo que esconde un rey dentro de sus gracias. En la que á mí me hicisteis escondíais mi deshonra. Sí, sin respeto á una antiquísima raza, á la sangre de los Poitiers, noble desde hace mil años, mientras volvía yo lentamente de la Grève rogando á Dios que os diera mis muchos años de vida en días de gloria, vos, Francisco de Valois, sin temor, sin piedad, sin pudor, sin amor, deshonrasteis, envilecisteis á Diana de Poitiers, condesa de Brezé. ¡ Oh mi casta Diana ! ¡ Con que, cuando yo esperaba la muerte, corrías tú al Louvre á comprar mi perdón, y el rey, el caballero consagrado por Bayardo, puso en precio tu honor, y aquel tablado horri-



SAINT-VALLIER.—Escuchadme vos, señor...

ble—que una mañana levantó el verdugo, antes de espirar el día—había de ser ó el lecho de la hija ó el patíbulo del padre! ¡Oh Dios que nos juzgáis! ¡Qué dijisteis desde el cielo, cuando en el mismo patíbulo veíais revolcarse triste y hosca, ensangrentada y sucia, la lujuria real disfrazada de clemencia?... Mal hicisteis, señor! En buen hora que sacrificarais á un anciano, que siendo de los del condestable, merecía vuestro castigo; pero que por el anciano tomarais á la hija desolada y tímida, es una impiedad de que tendréis que dar cuenta. Habéis traspasado vuestro derecho: el padre os pertenecía, pero la hija no. ¿Soy acaso ingrato porque no acepto en silencio vuestro perdón, vuestra gracia, que así la llamáis? En vez de abusar de mi hija ¿por qué no fuisteis á mi calabozo? Allí os hubiera yo dicho: «Matadme, señor, matadme, pero respetad á mi hija, respetad mi honor. La muerte antes que la afrenta. ¡Oh rey y señor mío! ¿Creéis que no es también decapitar á un cristiano, á un conde, á un caballero arrebatarle el honor?» Esto os hubiera dicho; y aquella noche, en la iglesia, sobre mi ensangrentado féretro, mi honrada hija Diana hubiera podido orar por su padre honrado. No vengo á pedir os á mi hija: el que no tiene honor no tiene ya familia. Que os ame ó no con insensato amor, nada tengo que recobrar donde pasó la vergüenza. Retenedla, pues. Me propongo, no obstante, venir á turbar así vuestros festejos; y hasta que un padre, un hermano ó un marido me vengue de vos, lo que tarde ó temprano ha de suceder, vendré á todos vuestros banquetes á decir os: Mal hicisteis, señor! Y me escucharéis sin levantar la frente hasta que yo haya acabado. Para obligarme á callar, querréis entregarme al verdugo. No, no os atreveréis á hacerlo, temiendo que venga á hablaros mi espectro con esta cabeza en la mano.

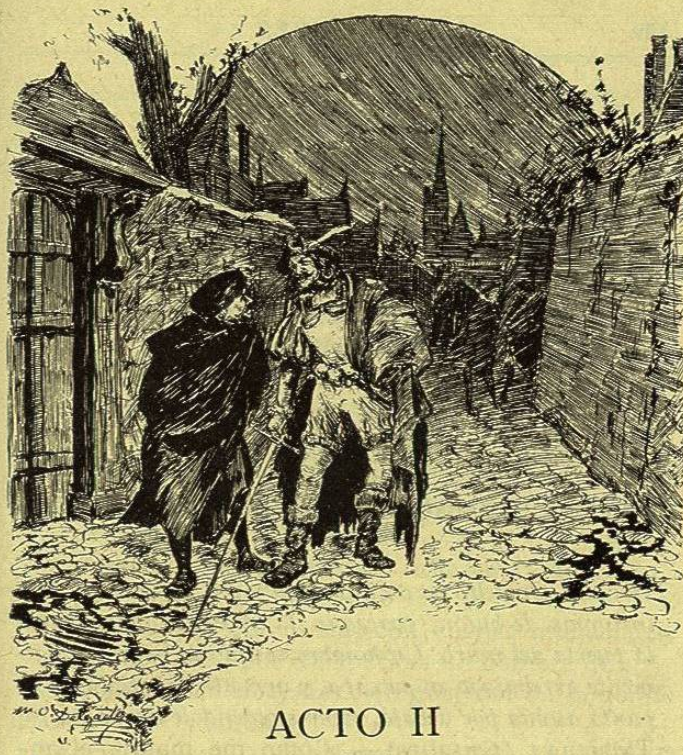
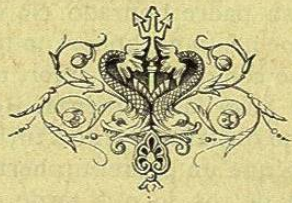
EL REY (*sofocado de cólera*).—¡Que hasta este extremo

se lleve la audacia y el delirio! (*A Pienne.*) Duque, prended á ese lenguaraz.

(*El duque hace una seña y dos alabarderos se colocan á uno y otro lado de Saint-Vallier.*)

TRIBOULET (*riendo*).—El pobre hombre está loco, señor.

SAINTE-VALLIER (*levantando los brazos*).—¡ Malditos seáis los dos! (*Al rey*). Mal hacéis, señor! Contra el león moribundo soltáis á vuestro perro. (*A Triboulet*). Quienquiera que seas, hombre viperino, que así escarneces el dolor de un padre ¡ maldito, maldito seas! (*Al rey*). Tenía derecho á ser tratado por vos de majestad á majestad: vos sois rey, yo padre, y mi edad vale lo que un trono: Los dos ceñimos una corona, adonde nadie debe alzar miradas insolentes; vos de flores de lis, yo de canas. Cuando un sacrilego se atreve á la vuestra, el rey es quien la venga; Dios es quien venga la otra.



## ACTO II

### SALTABADIL

El rincón más desierto del callejón sin salida de Bucí. Á la derecha una casita de reservada apariencia con su patinillo rodeado de un muro que ocupa parte del teatro. En este patio hay algunos árboles y un banco de piedra. En el muro una puerta que da á la calle, y por encima del muro una galería con arcadas del Renacimiento.—La puerta del primer piso da al terrazo que se comunica con el patio por una escalera.—Á la izquierda los altos muros del jardín del palacio Cossé.—En el fondo, casas lejanas, y el campanario de San Severo.